"El Contexto e Impacto de las Deportaciones de Obama y el Exilio Forzado de Menores Ciudadanos de Estados Unidos"

Conferencia Magistral: Profesor Gonzalo Santos, California State University, Bakersfield

Presentado en el 2o Seminario Internacional sobre Migración y Política Pública: Los Dreamers y Niños Exiliados por la Deportación de sus Padres, organizado por el Colegio de la Frontera Norte (COLEF) y el California-Mexico Studies Center (CMSC), llevado a cabo el 17 y 18 de agosto de 2017 en la Ciudad de Tijuana, Baja California, México.

Borrador. No citar sin autorización. Dirigir sus comentarios y solicitudes a:

gsantos@csub.edu

I. EL PASADO INMEDIATO: LOS DESASTROSOS 8 AÑOS DE LA ADMINISTRACIÓN DE OBAMA: EL FIN DE LA VISIÓN NEOLIBERAL

Primero, están los inocultables datos duros de lo que solo se pueden describir como un verdadero desastre de las políticas públicas en cuanto a la migración internacional en la región a América del Norte durante los mandatos del presidente Barack Obama en Estados Unidos, y los dos presidentes mexicanos más recientes, Felipe Calderón y Enrique Peña Nieto.

El presidente Obama, a pesar de repetidas declaraciones, tanto como candidato como presidente en funciones, a favor de una reforma integral que, como parte central, protegiera y regularizara el estatus migratorio de más de 11 millones de inmigrantes indocumentados residentes su país, terminó deportando a más inmigrantes de su interior que ningún otro presidente en la historia de los EE.UU. - alrededor de 3 millones de ellos a lo largo de sus dos periodos, de enero del 2009 a enero del 2017.

La abrumadora mayoría de estos – el 96% - son latinoamericanos, más que nada mexicanos y centroamericanos de los 3 países del llamado “Triángulo Norte” de esa región: Guatemala, El Salvador, y Honduras. Entre éstos iban cientos de miles de jóvenes que llegaron de niños a EE.UU. sin papeles y se volvieron blanco de deportaciones al cumplir su mayoría de edad o aun antes. Los que no han sido deportados aún, los llamados Dreamers o Soñadores, tuvieron que organizar audaces campañas de desobediencia civil para lograr de una recalcitrante administración Obama el alivio temporal denominado DACA, que les permite vivir, trabajar, e ir a la escuela. Cerca de 800,000 se han beneficiado. Pero los Otros Soñadores, los jóvenes deportados o retornados a México y Centroamérica, quedaron fuera del radar de políticas

públicas en EE.UU., a tal grado que jamás han sido incluidos en ninguna de las propuestas de reforma migratoria a la fecha. Mucho menos sus padres deportados.

Acompañando a los 3 millones de deportados adultos y jóvenes, en su gran mayoría residentes que llevaban establecidos más de 10 años en ese país sin otro antecedente criminal que su irregularidad migratoria, y que pertenecían a las llamadas familias mixtas, fueron también *de facto* deportados con sus padres cientos de miles de niños y adolescentes nacidos en EE.UU., ciudadanos de ese país. Tan solo en México se estima que residen, como se ha mencionado por otros presentadores, más de medio millón de jóvenes deportados con ciudadanía estadounidense. Ellos no entran en las cifras oficiales de deportaciones, están invisibilizados tanto en Estados Unidos como en México. Su problemática de integración y desarrollo social en México es enorme y traumática.

Cientos de miles más de jóvenes – con o sin ciudadanía estadounidense – han tenido que quedarse en EE.UU. sin sus padres u otros familiares cercanos que fueron detenidos y deportados por un sinnúmero de infracciones menores. Ellos y su dolor y sacrificio socioeconómico y psicológico tampoco salen en las cifras oficiales.

O sea que, si agregamos a los niños ciudadanos estadounidenses deportados con sus padres a Centroamérica, estamos hablando entonces no de 3 sino de 4 millones o más que la administración Obama deportó durante su mandato. Y podemos agregar millones más afectados en las familias desgarradas que quedaron atrás.

Por si esto fuera poco, durante el periodo de Obama se extendieron a lo largo de todo país múltiples programas incipientes de colaboración con agencias policiacas locales y estatales para la detección y detención de inmigrantes al interior del país, para su subsecuente deportación, y la construcción de todo un sistema carcelario privado para inmigrantes, programas y sistema carcelario que el presidente George W. Bush empezó como proyectos piloto con apoyo bipartidista, y el presidente Obama extendió a la nación, cuadruplicando los presupuestos, que ambos partidos aprobaron en el congreso.

Las prisiones privadas para inmigrantes, llamadas eufemísticamente *centros de detención*, se han multiplicado como hongos, y han estado abarrotadas desde que Obama las auspició, y el partido demócrata silenciosamente, y los republicanos ruidosamente las financió en el congreso a lo largo de 8 años. Más de 34,000 inmigrantes languidecen cada día, a veces por años, en estas terribles prisiones inhumanas que a nadie le rinden cuentas, por el "crimen" de no tener papeles, para gran beneficio de las grandes compañías carcelarias. Éstas, en turno, les dan grandes donaciones políticas a ambos partidos.

Finalmente, cuando el arribo de niños refugiados centroamericanos y mexicanos, no-acompañados o con sus madres, a la frontera sur de EE.UU. se disparó a más de 70,000 en el verano del 2014, la administración Obama y su Secretaria de Estado Hillary Clinton adoptaron dos severísimas e ignominiosas políticas: una fue mandar meter en remotas cárceles privadas a estos niños y a sus madres, y hacer todo lo posible por deportarlos sin reconocerles su calidad de refugiados; y dos, presionar diplomáticamente para que el gobierno mexicano adoptara programas altamente financiados por EE.UU. para interceptar, detener, y deportar a todo

migrante y refugiado centroamericano en tránsito por México antes que estos llegaran al Río Bravo.

En EE.UU. las organizaciones defensoras de los derechos humanos pudieron hacer que las cortes le ordenaran al gobierno de Obama la liberación y el debido proceso a esta gran ola de niños refugiados, por lo menos a los niños y madres centroamericanos – que no a los mexicanos, porque las leyes del 2008 explícitamente prohíben el acceso al estatus de refugiados a los niños mexicanos y ordenan la deportación sumaria de todo mexicano detenido que cruce la frontera sin papeles. Pero en cuanto a la presión diplomática a México, en cambio, esa sí ha tenido "éxito." Desde el 2014 solo se ha acrecentado el vergonzoso papel del estado mexicano como agente migratorio mercenario de los EE.UU., a tal grado que en los últimos años la mayoría de los centroamericanos deportados lo han sido desde México y no desde EE.UU. Otros, como los cubanos y los haitianos, también han sufrido severas restricciones, deportaciones, o abandono por parte del estado mexicano.

El daño, dolor, y tragedia humana que todas estas deplorables políticas han sido ampliamente documentados. Me podría pasar todo el resto del día describiéndolos. Hoy por hoy, la región de Norteamérica está pasando por una crisis humanitaria comparable a la que impera en el Mediterráneo, producto en ambos casos de políticas públicas de restricciones, criminalización, y endurecimiento hacia los inmigrantes y refugiados latinoamericanos de la región.

Estos son los hechos duros. Entonces surge la pregunta: ¿Por qué se endureció tanto el régimen migratorio y el maltrato a inmigrantes y refugiados durante el régimen de Obama, con la cooperación de los dos últimos presidentes mexicanos Calderón y Peña Nieto?

Recordemos que hubo un momento, no hace mucho tiempo, donde imperaba un genuino optimismo de ambos lados de la frontera para lograr un acuerdo bilateral de largo aliento, para enfrentar y resolver los enormes retos que los flujos migratorios entre los dos países presentaban a las sociedades de la región de Norteamérica, y ordenar los flujos futuros en el contexto de la acelerada integración económica regional, ya visible desde los años 80, una década antes del TLCAN, y la conformación de una zona de seguridad geopolítica desde el 2000.

Aparte de las reformas unilaterales del '86 por parte de los EE.UU. en los tiempos de Ronald Reagan, que momentáneamente trajeron alivio a millones de inmigrantes a cambio de criminalizar la contratación de indocumentados futuros, el último periodo optimista ocurrió al inicio simultáneo de las presidencias de George W. Bush y Vicente Fox, en la primera mitad del 2001, cuando se vislumbró la posibilidad de un acuerdo bilateral integral, lo que el canciller Jorge Castañeda llamó "la gran enchilada." Pero ese acuerdo se desplomó hecho cenizas, junto a las torres gemelas, después del 11 de septiembre del 2001. Pero ese traumático episodio no explica lo que realmente previno esa enchilada de ser servida.

Durante lo que podríamos llamar el periodo neoliberal clásico, desde 1980 al 2000, bajo Reagan, Bush padre y Bill Clinton, 1980-2000, los dictámenes de la globalización económica se combinaban aun bien con los dictámenes de la geopolítica de finales de la Guerra Fría, algo que creó un periodo de prosperidad y sentimiento triunfalista geopolítico en los EE.UU.; de tal manera que la cuestión social, lo que podríamos llamar los *procesos geosociales* que involucran las relaciones sociales en interacción con su geografía – como lo son la migración internacional y transnacional, la extensión de un modelo hegemónico de contrato social a toda una región,

capaz de promover la paz social y atraer a una prosperidad compartida, reducir las desigualdades entre las naciones y a sus interiores, o por lo menos contener las rebeliones sociales de los grupos subordinados más – estos procesos geosociales estaban firmemente bajo control en los Estados Unidos durante el periodo neoliberal clásico, si no del todo en México (la rebelión zapatista) y en Centroamérica (donde ocurrieron las últimas rebeliones sociales de la Guerra Fría).

Tan es así que, en 1986 como mencionamos, EE.UU. pasa una reforma migratoria sin molestarse en negociarla con sus vecinos al sur; y en 1996, arrepentido, EE.UU. impone nuevas leyes draconianas a la migración irregular en nombre de combatir el crimen y el terrorismo (es cuando empiezan los muros fronterizos), sin siquiera intentar incorporar el tema de la migración a las negociaciones del TLCAN, o llegar a acuerdos migratorios bilaterales subsecuentes.

Si el tigre de las relaciones sociales en EE.UU. estaba bajo control bajo la visión liberal de la "sociedad multicultural," que surgió en los 60s, siguió bajo control bajo la visión neoliberal de la globalización, desde los 80s hasta el 2000. En ambos periodos, los inmigrantes indocumentados eran periódicamente legalizados. Había espacio para las relaciones sociales nacionales y transfronterizas más o menos cordiales.

Podríamos decir que desde el régimen de Bush II, que fue una era de desastroso y agresivo militarismo para revertir la pérdida de poder hegemónico, burbujas financieras para exprimir prosperidad al sistema con especulación cada vez más desestabilizante y dañina, y enorme endeudamiento tanto público como privado, *el peso de lo geosocial se empieza a imponer sobre*

lo económico y lo geopolítico. Hay un creciente rechazo y decepción entre los anglosajones no solo al aventurismo militar de Bush II que apoyaron ciegamente, sino hacia todas las políticas públicas de la sociedad multicultural, a la costosísima política exterior basada en sostener una primacía estadounidense cada vez más en entredicho, y finalmente un creciente repudio a las ideologías dominantes de las élites económicas y políticas, tanto liberales como conservadoras.

La polarización social contra los inmigrantes y los grupos étnicos se agudiza sin que surja ni reforma legal viable, ni un modelo de sociedad que los incluya de partida en la nueva era de la globalización. Por eso cuando Bush impulsa una reforma migratoria en el 2006 y 07, su propio partido lo rechaza y promueve leyes federales y estatales contra los inmigrantes. Los inmigrantes se volvieron el blanco principal de una creciente rebelión social desde entonces. Y cuando los inmigrantes mismos salieron a la calle por millones en el 2006 pidiendo una reforma justa, el bloqueo en el congreso fue total. Ya el tigre andaba suelto, y no iba a soltar su presa.

La era de Obama representa un último intento de contener el derrumbamiento del orden social en Estados Unidos, un último intento de reparar el contrato social en condiciones de crisis económica, desastres militares, y polarización social cada vez más crispada, pero siempre dentro de los parámetros de un neoliberalismo ya anacrónico en el mundo; un esfuerzo para aplacar al tigre de la rebelión social anglosajona con insuficientes programas otrora progresistas, como el Obamacare, de salud, y al mismo tiempo revertir la crisis económica con una estabilización financiera que favoreció a los voraces bancos que causaron la crisis en primer lugar y golpeó duramente a los ciudadanos altamente endeudados. La creciente frustración social se combinó durante la presidencia del primer presidente negro, con el añejo racismo

hacia los afroamericanos, para abiertamente repudiar la visión multicultural de la nación, después de medio siglo de avances de todo tipo. La xenofobia se tornó feroz, paranoica, y cada vez más pública.

La estrategia de Obama para calmar al tigre de la rebelión social anglosajona no le funcionó; más bien durante su mandato las fuerzas de la ultraderecha crecieron y se fortalecieron, hasta terminar por dominar al partido republicano, y transformarlo en un partido cada vez más intransigente y reaccionario. Al final del mandato de Obama, los republicanos encaramados en el tigre controlaban las dos cámaras del congreso y la mayoría de las gubernaturas y legislaturas estatales.

Lo que ocurría realmente era una tremenda rebelión social que se venía gestando bajo el último régimen neoliberal, que demostró ser incapaz de resolver las contradicciones acumuladas; una rebelión social que estaba disfrazada de mera alternancia partidista entre liberales y conservadores, y que se creía contenida por la reelección de Obama en el 2012. Pero la reelección de Obama solo alimentó al tigre, y su segundo mandato fue el más conflictivo.

Repito que el blanco principal de esta explosiva rebelión social reaccionaria han sido los inmigrantes. En los 8 años de Obama, el congreso no pasó una sola ley que los favoreciera, pero sí docenas que los dañaron, y muchas más en los estados como Arizona, Alabama, y Texas. Ni siquiera los Soñadores lograron pasar la propuesta de ley que los legalizaría, el DREAM Act. El único progreso que hubo en todo este periodo fue a nivel estatal en algunos estados como California y Nueva York, donde los latinos y los inmigrantes se habían organizado en serio.

En esas difíciles condiciones, Obama pensó que si ejecutaba una política dura de deportaciones masivas iba a ganarse a los republicanos para pasar una ley migratoria que, aunque militarizaba la frontera aún más e imponía condiciones más draconianas hacia los flujos migratorios futuros, por lo menos legalizaría a los 11 millones de inmigrantes indocumentados. Pero calculó mal. Los republicanos le tenían más miedo al tigre de la rebelión social anglosajona reaccionaria, que a perder el creciente voto latino a los demócratas. Además, estos ya eran otro tipo de republicanos: estos genuinamente odiaban a los inmigrantes y se sentían alarmados por el cambio demográfico en lo que ellos consideraban "su" país.

Terminó su mandato Obama en la ignominia de ser el Deportador-en-Jefe más grande de la historia, sin resultado positivo alguno para implantar un nuevo régimen migratorio en Norteamérica, mucho menos elaborar un nuevo contrato social en los Estados Unidos. Sus políticas públicas en general allanaron el camino al triunfo de la candidatura de Trump, que solo tuvo que enarbolar las consignas más nativistas, racistas, sexistas, y chovinistas de una incipiente rebelión social anglosajona, cultivada *sotto voce* por décadas por el partido republicano.

No podría concluir esta sección sin mencionar que durante todo el periodo de Obama, durante las administraciones de Felipe Calderón y la actual de Enrique Peña Nieto, la política exterior del Estado mexicano fue de silencio hacia los programas draconianos de deportación de Obama, cooperando con su estrategia gradualista y políticamente tímida, como con Bush, para promover una reforma migratoria limitada que al final de cuentas nunca llegó; y al mismo tiempo incrementó su abierta colaboración para militarizar y endurecer la frontera sur de

México, cerrarle el paso a los migrantes y refugiados; y, finalmente, aceptar la deportación de millones de sus compatriotas – y de sus hijos con o sin ciudadanía estadounidense - sin protesta alguna, argumentando una y otra vez, inclusive cuando los inmigrantes mismos montaron la protesta social más grande de la historia moderna de EE.UU., que "el asunto migratorio es un asunto doméstico de Estados Unidos."

Las comunidades y movimientos migrantes mexicanas y centroamericanas en lucha se sintieron solos diplomáticamente, desamparados y abandonados por sus gobiernos durante todo el periodo de Obama. La distancia entre las políticas públicas sobre la migración internacional y las relaciones exteriores de los gobiernos, por un lado, y las sociedades mexicanas y centroamericanas en ambos lados de las fronteras, por el otro, aumentó a tal grado que hoy el estado mexicano pasa por su peor crisis de legitimidad en las comunidades y movimientos migrantes (y no se diga en la sociedad mexicana en México mismo). Algo no le funcionó a Obama, y algo no les ha funcionado a los últimos gobiernos mexicanos.

El broche de oro, o mejor diríamos de oropel, a esta débil postura del estado mexicano hacia la tremenda problemática de sus paisanos en los Estados Unidos, el acto más desatinado y vergonzoso de política exterior mexicana al final de este periodo, fue la invitación al candidato abiertamente anti-mexicano y anti-inmigrante, Donald Trump, a venir a hacer campaña a México a nuestras expensas. Esa demostración de sumisión pasiva a la nueva y explosiva realidad geosocial y política en los EE.UU., demostró también lo alejado que está el estado mexicano de sus comunidades en el exterior, e inclusive los conceptos de soberanía y dignidad del pueblo mexicano. Peor aún, el vergonzoso episodio solo sirvió para alimentar al tigre

xenófobo estadounidense ya suelto, que terminó triunfando en las urnas en noviembre del 2016.

Obama pasa a la historia como un presidente inefectivo por seguir políticas económicas neoliberales fallidas y estrategias de protección social a medias tintas, incluyendo sus políticas hacia los migrantes y refugiados, un líder carismático que inspiró mucha esperanza, pero que no supo cómo ni quiso movilizar al pueblo estadounidense cuando pudo hacia una nueva visión geosocial de una Norteamérica más incluyente, simétrica, justa, prospera, y compartida. No supo medir el tamaño del reto que enfrentaba desde el principio, de una rebelión social ultraderechista anglosajona, reaccionaria y revanchista, ya capturando a su partido rival. Pero no solo Obama pasa a la historia como inefectivo y transitorio, los otros presidentes de la región también, gobernantes que solo han cosechado caos - no solo caos económico y político, sino social.

Ahí quedan los 3 a 4 millones de deportados que los gobiernos de la región no han querido reconocer, defender o asistir como lo requieren urgentemente y lo merecen, y ahí quedan aún los 11 millones de indocumentados en EE.UU. viviendo en las sombras, aterrorizados de los que les pueda pasar en cualquier momento, hoy totalmente desprotegidos, estigmatizados, y atacados bajo el régimen trompista.

II. LO QUE ESTÁ PASANDO BAJO LA NUEVA ADMINISTRACIÓN DE TRUMP: EL ASCENSO Y POSIBLE CONSOLIDACIÓN DE LA VISIÓN NEOFASCISTA EN NORTEAMÉRICA

Hoy por hoy, a nivel analítico podríamos decir que la dimensión o esfera de lo geosocial del fenómeno trompista en EE.UU. y la región se impone y desestabiliza a las esferas económicas y geopolíticas, tanto a su interior como en el mundo. Si antes el poder hegemónico estadounidense exteriorizaba sus crisis a otros países y regiones del mundo, hoy Estados Unidos es el epicentro y fuente del caos.

No hay consenso social, como antes lo hubo, sobre en qué consiste un contrato social justo y viable para el país, mucho menos para el mundo. La contundente derrota de la visión neoliberal de integración regional norteamericana, y el ascenso al poder de una visión neofascista, neomercantilista y rabiosamente xenofóbica y racista es cada día más clara y peligrosa. Detrás de ella está, repito, una explosión geosocial reaccionaria que ya rechazó las ideologías tanto liberales y conservadoras del contrato social anterior, establecido en la era del New Deal, que desde hace años llegó a su límite asintótico y no ha prevenido ni el enriquecimiento de su élite económica a expensas del resto de la población, ni la recuperación de la hegemonía global.

Esta visión neofascista solo va a crecer y causar enorme daño si no es enfrentada por una robusta oposición social. La semana pasada vimos evidencia irrefutable de esto en Charlottesville, Va. El mes pasado por un pelito no abolieron Obamacare en el congreso, que hubiera dejado desamparados a más de 20 millones de ciudadanos bajo su cobertura. Ya surgieron nuevas y nefastas propuestas de ley para reducir la inmigración legal a los EE.UU. a la mitad y abolir el principio de reunificación familiar. Trump, que ya se salió del Acuerdo de París sobre el cambio climático, amenaza con cancelar el TLCAN y ejerce hoy un tipo de diplomacia bully hacia sus vecinos comerciales con el fin de renegociar el tratado en detrimento de ellos.

Podría citar muchos otros ejemplos que están afectando a la misma población anglosajona, que sin embargo, votó entusiastamente por Trump.

¿Dónde está una respuesta geosocial alternativa? ¿Quién y de donde va a surgir esa oposición al trompismo enfurecido, rabioso, y galopante?

III. LO QUE TENEMOS QUE HACER AHORA, A MEDIANO PLAZO, Y A LARGO PLAZO

No regresaremos de nuevo a políticas públicas ni del periodo New Deal liberal centro-izquierda ni las de los últimos regímenes neoliberales centro-derecha que le siguieron. Esos son sueños de opio. El peso y furia de la rebelión social ultraderechista anglosajóna requiere, para ser detenida y derrotada, de una rebelión social alternativa amplia, multiétnica, multinacional, transnacional de hecho, con una visión nueva y audaz de una nueva sociedad sustentable y en *harmonía geosocial en toda la región*. Esa rebelión social alternativa, en busca de un contrato social más avanzado que el que se está desmoronando ante nuestros propios ojos hoy, ya ha dado señales de vida en Estados Unidos desde el movimiento de inmigrantes del 2006, el movimiento Occupy del 2011, y la campaña de Bernie Sanders del 2016. Pero tiene que organizarse y desplegarse con igual o mayor fuerza con la que el trompismo avanza, para confrontarla, y arrebatarle el poder del estado hoy en sus manos, derrotarla ideológicamente, y avanzar así, sino en el corto plazo en el mediano plazo, hacia la construcción de una nueva sociedad viable norteamericana del siglo 21, con un nuevo pacto social capaz de resolver los problemas acumulados por el anterior.

De paso añadiría que solo así podremos participar simultánea y constructivamente en la creación de una sociedad global nueva, donde el enorme peso y legado de Norteamérica no se desperdicie, fragmente, y desaparezca.

Una aclaración: No es que se desdeñe la urgente necesidad de toda una restructuración económica de la región, o de una nueva geopolítica por parte de los Estados Unidos adecuada al mundo multipolar en el que vivimos. Es que ninguna de estas cosas puede avanzar si no confrontamos y resolvemos la peligrosa, conflictiva, y retrograda dirección del proceso geosocial en el país más poderoso del mundo militarmente, hoy envuelto en una polarización social no vista desde la Guerra Civil. Y si se desatan de nuevo los demonios que desataron aquella guerra, esta vez la podemos perder.

En México y Centroamérica, donde más que una rebelión social activa y organizada ha habido en la última década una implosión violenta de la paz y el orden social, la criminalidad ha ascendido a niveles estratosféricos que han causado el desplazamiento forzado de millones de seres humanos. Pero esos países de la región también contienen fuerzas sociales que se organizan activamente para cambiar las cosas para bien. La candidatura indígena a la presidencia de México auspiciada por el Congreso Nacional Indígena y el Ejercito Zapatista de Liberación Nacional representa el más avanzado ejemplo de esta nueva rebelión social ya en camino en el México Profundo, desde abajo y a la izquierda. Queda por ver si se extingue o si crece.

Hay muchos otros ejemplos. Y en cuanto a los inmigrantes hoy perseguidos, es precisamente solo en este contexto de lucha social y política abierta y decidida por el futuro de la región

entera, donde muchos sectores participen por reivindicar sus derechos, que los inmigrantes de la región podrán realmente protegerse de las crueles e injustas embestidas a las que cada vez más son sujeto, e inclusive conquistar novedosos derechos sociales nunca antes adquiridos, junto con los de otros sectores sociales que hoy son discriminados y oprimidos. Solo si surge una rebelión geosocial de izquierda a lo largo y ancho del continente norteamericano se podrá lograr una redefinición regional del concepto de ciudadanía mucho más amplia, incluyente, y justa, que este mundo completamente globalizado ya reclama desde hace tiempo. ¡Otro contrato social es posible!

Y no estamos solos los inmigrantes latinos en EE.UU.; somos parte de una enorme panetnicidad de ya 58.6 millones de latinos, la mayoría ciudadanos que nos apoyan y entienden que nuestros destinos están entrelazados. Tan solo en California, donde nos hemos organizado más efectivamente para pasar leyes pro-inmigrante, ya somos 15.3 millones.

No vamos a ser de la noche a la mañana todos ciudadanos plenos del mundo, pero si podemos, los residentes de Norteamérica, conquistar en un futuro no lejano la ciudadanía transnacional regional, si nos lo proponemos desde ahora. Pero repito, no habrá tal cosa al menos que todos los otros sectores sociales de los estados nacionales de la región luchen por *sus* derechos de la mano – no en contra - de sus hermanos y hermanas migrantes.

Seguir en lo mismo, siguiendo políticas públicas gradualistas y tímidas emitidas desde las cúpulas políticas de los estados de la región, que dejan intactas las enormes desigualdades y asimetrías regionales y sociales, solo alimentará al tigre neofascista estadounidense, que sin miramientos promete *America First,* que no es otra cosa que reimplantar el poder social

absoluto de los estadounidenses anglosajones. Repito: Hacia adelante, lo único que superará al trompismo y su nacionalismo blanco será la lucha sin cuartel por un nuevo contrato social *regional*, compartido, más justo, simétrico, sustentable, e incluyente.

Hay tareas de carácter defensivo que se tienen que organizar e implementar en el corto plazo, mientras luchamos por objetivos a mediano y largo plazo. Una de ellas es defender tanto a las poblaciones ciudadanas de los estados nacionales, como a las poblaciones migrantes, de los embates del trompismo – derrotar sus iniciativas para demoler y desmantelar todos los derechos y beneficios sociales conquistados y acumulados desde los años 30 del siglo pasado, cuando el *New Deal* fue lanzado. Entre ellos están el derecho a la educación, el trabajo bien remunerado, las pensiones y seguros sociales, los programas de salud y vivienda, etc. Y en lo que defendemos estos derechos de los ciudadanos, insistir que los derechos de los migrantes a una vida digna y segura van de la mano con esos otros derechos sociales de los ciudadanos.

Otra tarea defensiva es mantener al movimiento pro-inmigrante en Estados Unidos en pie de lucha en muchos frentes bajo ataque: en los estados y las comunidades, en el congreso estadounidense y en las cortes, en las escuelas y universidades, en todos los lugares de trabajo, en los centros de detención, y en las calles.

Un buen ejemplo es este tipo de “trabajo de hormiga”, ha sido el esfuerzo de los Otros Soñadores y sus organizaciones aliadas en México para hacer que el gobierno mexicano acepte su responsabilidad para proteger, apoyar, y facilitar la integración de los deportados en su territorio, incluyendo la pronta inserción e integración educativa de los niños y jóvenes deportados o retornados, algo en lo que ya hemos visto progreso a niveles básico y medio.

Ahora hay que hacer que las universidades mexicanas adopten políticas favorables para admitir y apoyar a los Otros Soñadores.

Hoy se necesita entablar demandas colectivas al gobierno estadounidense para que deje de deportar a Soñadores, para que dejen de deportar niños y familias de refugiados, para que se respeten los derechos de los cientos de miles de niños ciudadanos estadounidenses *de facto* deportados con sus padres a México y Centroamérica, y permitirles a ellos a retornar a su patria con sus padres. Y hay que derrotar todas las propuestas de leyes draconianas que están surgiendo. Especialmente, hay que luchar a capa y espada para proteger el único avance federal en materia migratoria de la pasada década, el programa DACA para los Soñadores.

Sería muy bueno si en esta difícil ocasión y ante semejante régimen obviamente hostil como el de Trump, el gobierno mexicano abandonara su política de servil colaboración con los gobiernos norteamericanos que deportan masivamente y atentan contra los derechos humanos de los inmigrantes y refugiados mexicanos y latinoamericanos. Como un mínimo debería de dejar de fungir como agente de la migra estadounidense en su territorio, y adoptar políticas públicas asistenciales y de integración para los refugiados centroamericanos. Sería realmente loable si el gobierno mexicano adoptara por fin otra estrategia hacia el errático, peligroso, y desestabilizador gobierno de Trump que la que siguió con Obama – lo que en inglés llaman *appeasement* y que en español llamaríamos política de apaciguamiento. Ese tigre suelto está rabioso y hay que unirnos para matarlo, no alimentarlo, antes que nos mate a nosotros.

Una oportunidad de cambiar de estrategia se da en estos momentos: el gobierno mexicano está dizque renegociando el TLCAN en Washington, junto con Canadá. En vez de ceder y capitular

ignominiosamente a las demandas predeciblemente alevosas y neomercantilistas de Trump, ¿por qué no insistir que si EE.UU. quiere relaciones comerciales con México, debe incluirse el tema de la regularización ordenada, compartida, y legal de los flujos migratorios en la región del TLCAN, basándose más que nada en los derechos humanos, sociales, y laborales de los migrantes, y solo en segundo término en los beneficios económicos que estos flujos traigan a la economía de los respectivos países?

Así, el gobierno, los migrantes, y el pueblo mexicano podrían enfrentar al trompismo con más posibilidades de éxito. La pregunta es si ese gobierno tiene la voluntad política y la valentía para hacer lo que se requiere en estos peligrosos tiempos. Pronto sabremos la respuesta.

Mientras tanto, no desperdiciaremos ninguna oportunidad de fomentar la rebelión social alternativa que se requiere para derrotar de una vez por todas a la rebelión geosocial reaccionaria detrás del trompismo amenazante, bajo los nuevos lemas:

¡El suelo es de quién lo habita!

¡La Patria Grande es de quien la construye!

¡Todo mundo a sus trincheras!